

DISCURSO

PRONUNCIADO POR D. CARLOS GARCÍA OVIEDO

DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE SEVILLA

Ilustres y dignísimas Autoridades:

Señoras y señores:

La Academia Sevillana de Buenas Letras, por mí representada en estos instantes, corresponde agradecida y honrada a la atenta invitación con que ha sido favorecida por la de Bellas Artes, para alzar su voz en esta memorable sesión con que se clausura la serie brillantísima de actos celebrados en estos días en homenaje del insigne imaginero Juan Martínez Montañés. Entrambas Academias son organismos gemelos, Corporaciones hermanas, y, en tal virtud, asociadas habrán de marchar múltiples veces en su común tarea de ilustrar la historia patria y la historia de Sevilla, y de enaltecer la memoria de sus prestigios más representativos. En el próximo pasado mes de junio la Academia de Buenas Letras organizó unos actos en honor del gran artista Juan de Mesa, sacándolo ante las gentes, de la penumbra en que hasta hace poco tan excelsa figura se hallaba. La Academia de Bellas Artes colaboró con nosotros en esta nobilísima tarea. Hoy las tornas cambian, los términos se invierten, pero con la misma positiva finalidad. Al maestro de Juan de Mesa, a Martínez Montañés consagra un homenaje la Academia de Bellas Artes, y la de Buenas Letras comparte con aquélla esta labor, siquiera sea no más que con estas desaliñadas cuartillas con que su

Director molesta en estos momentos la atención de tan culto y distinguido auditorio.

El homenaje con que en la pasada primavera enaltecimos la memoria de Juan de Mesa, fué impuesto y abonado por una razón circunstancial: el pleno descubrimiento de una personalidad artística hasta estos instantes no bien conocida ni bien estimada. Era como un fruto llegado a sazón y que, orgulloso, debía mostrarse a la admiración de las gentes.

Pero, en este homenaje, hoy dedicado a Juan Martínez Montañés, ¿qué es lo que se enaltece o conmemora? No hay aparentemente motivo alguno que lo justifique o abone. No es el nacimiento ni la muerte del artista. No es el descubrimiento de ninguna de aquellas grandes obras debidas a su genio, pasmo y asombro de las generaciones pasadas y presente. No es, ni mucho menos, el propósito de ilustrar a las gentes acerca de las joyas artísticas del gran imaginero. El retablo de San Isidoro del Campo, el Cristo de los Cálizos, la Concepción y el Niño de nuestra Catedral y la maravilla del Jesús de la Pasión son sobradamente conocidas y sobradamente admiradas y veneradas para que ni los más indoctos puedan mostrar ignorancia del artista ni sentir las apetencias de conocer sus producciones.

Y sin embargo, nunca como ahora mejor ocasión para un homenaje de esta naturaleza, porque ¡desgraciadamente! nunca como ahora ha existido un ambiente tan propicio, un motivo tan poderoso y una causa de tan honda espiritualidad para que las gentes cultas y patrióticas se apiñen en el unánime deseo y en el común interés de vindicar una cultura y unos tiempos en la personalidad de excelsas representaciones, contra los embates de la barbarie moderna y contra las injurias de sus audaces corifeos.

Con efecto, señores; la barbarie se ha cebado en estos días contra una civilización, contra sus hombres y contra sus obras. Más que la ciencia, ha sido el arte la manifestación es-

piritual objeto preferente del furor de los modernos Atilas. Y en el fondo de estos actos vandálicos, podríamos decir con Stoddard, anida el sentimiento de rebeldía con que una clase infrahumana satisface su sed de venganza contra una civilización a la que odia porque no la comprende y porque de comprenderla, la ilustraría sobre su propia inferioridad.

Martínez Montañés significa quizá en la cultura española la más acabada representación del arte clásico, y el arte clásico es una de las facetas del poliedro en que cristalizan los elementos originales de la civilización occidental. La belleza de la forma externa en el hombre, la exactitud de sus gestos y ademanes, la expresión espiritual y sobre todo, el perfecto equilibrio, el perfecto ajuste entre el fondo y la forma, entre lo anatómico y lo espiritual, que da a la materia cincelada calor y vida, ésta que es la suprema verdad del arte escultórico, ésta que es la conquista definitiva alcanzada por los grandes maestros de la antigua Grecia, ésto es lo que en nuestra imaginación logra Martínez Montañés, imprimiendo en sus esculturas todo el sello y todo el espíritu de la antigua civilización mediterránea.

¿Comprenderéis ahora el por qué del homenaje que nuestras Academias, más que las Academias, que Sevilla entera consagra al imaginero inmortal? El homenaje no es en puridad al hombre, sino a su tiempo a quien se tributa. Y todavía podríamos concretar más. No es ni siquiera al tiempo sino al país que en él brilla, a quien van estos actos ofrendados. El siglo XVI es el gran siglo español. Nos pertenece por entero. En este gran siglo, la civilización occidental, tamizada y depurada por el espíritu de la Iglesia llega a plena floración, produciendo esa serie inacabable de joyas literarias, artísticas y científicas de que justamente puede enorgullirse nuestro pueblo. Al recordar a Martínez Montañés rememoramos su tiempo; al rememorar su tiempo, rememoramos a España. El homenaje a Martínez Montañés es así, con esta significación,

un canto a nuestra raza, un elogio férvido de nuestro pasado, un tributo de admiración a la Iglesia, una afirmación concluyente y rotunda de ser los españoles por nuestra historia y por nuestra cultura mediterráneos, e implica también un juramento de reverenciar y defender hasta el fin los prestigios y los fueros de la civilización occidental.

Forzosamente habremos de vivir unidos a nuestro pasado. Una continuidad ininterrumpida de generaciones constituye la historia de un pueblo. Dada la relación de causalidad que preside todos los fenómenos de la Naturaleza, así como el sér de hoy tiene su origen en el sér de ayer, en el orden espiritual cuanto forma el carácter, la manera de pensar y de sentir, el ambiente actual halla sus raíces en aquellas generaciones que en otro tiempo pensaron, sintieron y laboraron, no tanto para ellas, como para cuantas habían de sucederles.

Los muertos mandan; y mandan porque en ellos radica el germen de nuestra vida. Por eso la Patria no es sólo la colectividad de seres vivientes que asentados en un determinado territorio obedecen a una misma ley soberana, sino que es una comunidad de los de hoy con los de ayer; los de ayer influyendo en nosotros con cuantos elementos y factores constituyen el acervo de una civilización; los de hoy, obedeciendo y reverenciando el espíritu de quienes en otro tiempo supieron con sus obras interpretar una cultura que ha de deslizarse más allá de la vida de sus intérpretes por todos los caminos y recovecos de la historia.

Esta interpretación biológica y espiritual a un tiempo, es la que con acierto insuperable ha sabido realizar la Academia de Santa Isabel de Hungría en este feliz homenaje que hoy termina consagrado a Juan Martínez Montañés. Es Martínez Montañés espléndida floración de nuestra raza; sus obras, preciado florón de nuestro arte. Rememorar nuestro pasado y enaltecer sus prestigios es la tarea que el destino ha impuesto con designio inexorable a la generación que hoy vive y sufre

en el suelo de nuestra Patria. Por defender este pasado, por mantener su espíritu y reivindicarlo contra los furros de una civilización inferior y exótica, sucumben a raudales esforzados y beneméritos hijos de España, en los campos de batallas. ¡Para ellos la máxima admiración y el máximo honor!

En cuanto a nosotros, que por caminar a paso acelerado hacia el ocaso de la vida, no nos sentimos ya aptos para tales empresas, nos vemos obligados, sin embargo, a secundarlas por otros medios: los medios espirituales, los procedimientos que la inteligencia pone a nuestro alcance.

Esta ha sido la nobilísima tarea que la Academia de Bellas Artes se ha dignado asumir en el homenaje celebrado en honor de Martínez Montañés: ¡defender a España en su manifestación artística más representativa, en uno de los más primorosos jalones de su cultura histórica, en uno de sus artífices más excelsos! ¡Martínez Montañés! ¡Eximia personificación de la cultura occidental! ¡El clasicismo ático, hermanado, tamizado con el más puro espíritu de la religiosidad cristiana!